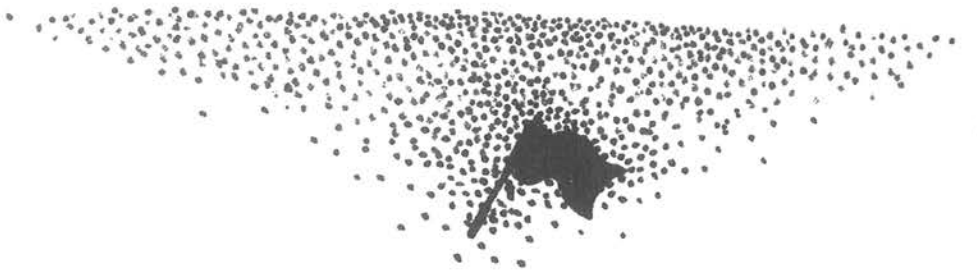

Joan Genovés

Miguel Hernández y Rafael Alberti, poetas del pueblo a pesar de todo

Juan José Téllez *

La manipulación política que ha venido sufriendo la memoria de Miguel Hernández no es nueva, aunque también resulta llamativo que este mismo año en el que se conmemora su centenario, el Ayuntamiento de Orihuela, gobernado por el Partido Popular, tuviera la ridícula ocurrencia de utilizar su nombre y su palabra para zaherir al Gobierno socialista que preside José Luis Rodríguez Zapatero. Curiosa forma de conmemorar a uno de sus hijos más ilustres que si bien tal vez no estuviera de acuerdo con la gestión del actual ejecutivo, dudo mucho que fuera por las mismas causas que suelen enarbolar los partidarios de la derecha extrema de este país, a la que él combatió en su día con ahínco.

Ya en el pasado, diversos autores han hablado del supuesto apoliticismo de Miguel Hernández. Ese poema extrañamente masoquista que se titula "Me llamo barro aunque Miguel me llame", ha servido para inferir la pintoresca idea de que Hernández se dejaba manipular como el barro por sus viejos amigos Pablo Neruda y Rafael Alberti.

Juan José Téllez, Escritor

Dudo mucho que sus convicciones sólo vinieran de la mano de esas amistades peligrosas. Había mucho de memoria genética, de generaciones de destripaterrones en su descripción del Niño Yuntero. Como en su célebre poema "Aceituneros" había mucho de retrato de la propiedad de la tierra y de las reglas del juego en Jaén, de donde provenía su esposa Josefina Manresa, hija, por cierto, de un guardia civil asesinado en Elda (Alicante), durante la guerra civil.

Es probable, sin embargo, que Pablo Neruda se convirtiera en un mentor ideológico, en el tutor marxista de Miguel Hernández, de la misma manera que María Teresa de León quizá ejerciera el papel de pigmalión con Rafael Alberti.

"Recordar a Miguel Hernández que desapareció en la oscuridad y recordarlo a plena luz, es un deber de España, un deber de amor -escribiría Pablo Neruda sobre su amigo muerto-. Pocos poetas tan generosos y luminosos como el muchachón de Orihuela cuya estatua se levantará algún día entre los azahares de su dormida tierra. No tenía Miguel la luz cenital del Sur como los poetas rectilíneos de Andalucía sino una luz de tierra, de mañana pedregosa, luz espesa de panal despertando. Con esta materia dura como el oro, viva como la sangre, trazó su poesía duradera. ¡Y éste fue el hombre que aquel momento de España desterró a la sombra! ¡Nos toca ahora y siempre sacarlo de su cárcel mortal, iluminarlo con su valentía y su martirio, enseñarlo como ejemplo de corazón purísimo! ¡Darle la luz! ¡Dársela a golpes de recuerdo, a paletadas de claridad que lo revelen, arcángel de una gloria terrestre que cayó en la noche armado con la espada de la luz!".

Hubo un tiempo en que las ideas eran un tesoro que los amigos compartían. Y la propia biografía de Miguel Hernández nos habla de su sereno y apasionado compromiso como poeta del pueblo, a pesar de quienes le silenciaron durante décadas y ahora quieren modificar a su antojo dicho perfil. Nacido en Orihuela en octubre de 1910 y muerto de España y cárcel como escribe Manuel Alcántara, en la prisión de Orihuela, en 1942, la obra de Miguel Hernández se centró en la poesía y en el teatro, a caballo de las generaciones del 27 y del 36 para aquellos que creen todavía en que la vida y la literatura pueden reducirse a cuadros sinópticos.

Tampoco es cierto que su formación fuera totalmente autodidacta. Entre 1915 y 1916 recibe sus primeras enseñanzas en el centro "Nuestra Señora de Monserrat" y de 1918 a 1923 pasa a las escuelas primarias del Ave María; luego, llegará el bachillerato, que cursa en el colegio de Santo Domingo de Orihuela, gobernado por los jesuitas. Sin embargo, en 1925, su padre le fuerza a trabajar como pastor y ello le lleva a rechazar una beca que le hubiera permitido ampliar estudios. El poeta tenía 14 años y es fama que sus primeros poemas surgen de las largas jornadas de pastoreo.

Son textos muy influidos por el catolicismo, eso es cierto, religión de la que había bebido durante su periodo escolar y cuya fe mantendría de la mano del canónigo Luis Almarcha que le abre las puertas de su biblioteca, esencialmente cristia-

na salvo algún que otro devaneo simbolista o pagano y en donde se familiariza con los textos de San Juan de la Cruz, Gabriel Miró, Paul Verlaine y Virgilio entre otros.

Ese gusto por el clasicismo le acompañará siempre, con una métrica cuidada y una rima atrevida. Aunque andando el tiempo ya no congenie plenamente con aquella conciencia mágica y católica de sus inicios, de "Perito en lunas" y de sus primeras obras. Aunque andando el tiempo su poesía, como ocurriría más tarde y en parecidas circunstancias con la de Blas de Otero, se convirtiese en fieramente humana.

Durante aquel periodo inicial, leerá buena parte de los títulos de la colección teatral "La Farsa" y junto con otros amigos forman un grupo teatral, que actúa desde el Círculo Católico a la Casa del Pueblo de Orihuela, una población rural hipercatólica. En sus primeros textos, descubrimos a un Miguel Hernández entregado a la idea de que los males socioeconómicos que él percibe a su alrededor no obedecen a la voluntad divina sino a la de los hombres, pero la salvación, también en este ámbito, sólo concierne a la mano de Dios. En su auto sacramental, de hecho, sitúa la lucha de los trabajadores en los sentidos y vicios. Y es en esa etapa cuando formula una temprana e ingenua apostasía del marxismo y de la lucha de clases. Qué lejos, sin embargo, a esa cierta madurez treinteañera que le llevará, en plena guerra civil, a conocer la realidad de Rusia, que describe en "Rusia", un poema que no deja lugar a dudas de sus convicciones antifascistas pero, a su vez, de sus simpatías comunistas, con el consabido homenaje a José Stalin, propio de los poetas marxistas de aquel momento.

> Se arrojará, me advierte desde su tumba viva
> Lenin, con pie de mármol y voz de bronce quieto,
> mientras contempla inmóvil el agua constructiva
> que fluye en forma humana detrás de su esqueleto.
> Rusia y España, unidas como fuerzas hermanas,
> fuerza serán que cierre las fauces de la guerra.
> Y sólo se verá tractores y manzanas,
> panes y juventud sobre la tierra.

¿Con qué quieren que nos quedemos? ¿Con el adolescente católico o con el joven marxista? Ambos fueron la misma persona, pero no fueron la misma persona. Nadie es el mismo durante toda su vida, por más que el obispo Almarcha y sus antiguos parroquianos exigieran inútilmente su conversión cuando Miguel Hernández era ya carne de presidio.

No sólo el viejo canónigo contribuyó a su formación temprana. También Miguel Hernández encontró lecturas en la biblioteca pública de Orihuela y frecuentó un grupo literario que crea en la tahona de su amigo Carlos Fenoll, donde trabará relación de amistad y tertulia con su hermano Efrén Fenoll, con Manuel Molina, y especialmente con José Marín Gutiérrez, futuro abogado y ensayista que posteriormente adoptaría el seudónimo de "Ramón Sijé" y a quien Hernández dedicará su

célebre Elegía tras su prematura muerte en 1935: el dolor de su costado quizá obedecía a que, por aquel entonces, ambos llevaban años distanciados por motivos ideológicos. Marín-Sijé, con quien quizá hubiera coincidido en el colegio de Santo Domingo, era angustiosamente católico y llegó a fundar la revista "El Gallo Crisis" para difundir las creencias de dicha confesión.

De Lope a Góngora, de Calderón a Garcilaso, el joven Hernández viaja a Madrid donde encuentra trabajo como colaborador de las Misiones Pedagógicas que emprendiera el Gobierno de la Segunda República, cuya proclamación conmemoramos hoy. En aquel Madrid de los años 30, trabajará como secretario y redactor de la célebre enciclopedia Los Toros de José María de Cossío, pero también colabora en la Revista de Occidente de José Ortega y Gassett. Son años intensos en los que su relación con María Zambrano y la pasión sentimental que le une con Maruja Mallo se solapan con su vocación literaria de la mano de algunos de los principales referentes de la generación del 27, como Vicente Aleixandre, quien le consideró de por vida un hermano y que siempre apoyó a todos los jóvenes poetas, desde su caserón de la calle Velintonia de Madrid, a punto de ser demolido por el olvido y la especulación. Ahí es cuando conoce a Alberti y a Neruda, pero también a Luis Rosales y Federico García Lorca. Ahí, mientras en una escapada veraniega formaliza su noviazgo con Josefina Manresa, coquetea con el surrealismo y apuesta por el soneto en el libro "El rayo que no cesa", que le granjea nuevas relaciones de admiración y de afecto. Pero también es entonces cuando nace su claro compromiso político, una querencia que empieza a tomar forma en su teatro, desde el drama "Los hijos de la piedra" al comprometido libreto de "El labrador de más aire", una apología clara de hoces y martillos que termina cuando sobreviene el golpe de Estado de 1936. Ya ha ido encontrando respuestas a los abismos sociales que descubre a su alrededor, como describe en poemas con un discurso tan nítido como el que titula "El hambre":

Tened presente el hambre: recordad su pasado
turbio de capataces que pagaban en plomo.
Aquel jornal al precio de la sangre cobrado,
con yugos en el alma, con golpes en el lomo.

(...)

Los años de abundancia, la saciedad, la hartura
eran sólo de aquellos que se llamaban amos.
Para que venga el pan justo a la dentadura
del hambre de los pobres aquí estoy, aquí estamos.

Nosotros no podemos ser ellos, los de enfrente,
los que entienden la vida por un botín sangriento:
como los tiburones, voracidad y diente,
panteras deseosas de un mundo siempre hambriento.

Hernández ha ido evolucionando hacia el agnosticismo en el plano religioso y hacia el marxismo en el contexto político. Ya identifica claramente al capitalismo como la causa de las desigualdades y confirma sus convicciones comunistas, en una trayectoria a la que también contribuiría el poeta argentino Raúl González Tuñón y un marxista de Orihuela llamado Augusto Pescador.

Al estallar la Guerra Civil, Miguel Hernández se alista en el Ejército Republicano, incorporándose al célebre 5º Regimiento aunque luego pasa a otras unidades en los frentes de la batalla de Teruel y Extremadura. En febrero de 1937, será destinado a Andalucía, al Altavoz del Frente, aunque aprovecha un permiso para casarse el 9 de marzo de ese año con su novia andaluza Josefina Manresa, aunque a los pocos días tiene que marchar al frente de Jaén, donde dirigirá la revista "Frente sur".

"Frente Sur -recuerda Aitor Larrabide, asesor de la fundación que lleva el nombre del poeta- fue la revista que él dirigió y en la que además él firmó varios artículos con el pseudónimo de Antonio López; porque, claro, era muy abrumadora la cantidad de colaboraciones que él firmaba como Miguel Hernández y entonces utilizó ese pseudónimo".

En el verano de 1937 asistió al II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas celebrado en Madrid y Valencia, y es entonces cuando viaja a la Unión Soviética en representación del gobierno de la República. Actúa para soldados, milicianos y población civil en diversos frentes y en la retaguardia. Trae y lleva a periodistas y a reporteros, que quieren conocer lo más cerca posible la realidad de las trincheras. Y es entonces cuando aparece un libro en el que sus convicciones políticas quedan a flor de piel, convirtiendo el verso en un instrumento de agitación y combate. Se titula "Vientos del Pueblo" y sus versos no sólo constituyen una arenga federal para la España que sigue combatiendo al fascismo, sino que en cierta medida encierran una premonición del final que se avecina:

> Cantando espero a la muerte,
> que hay ruiseñores que cantan
> encima de los fusiles
> y en medio de las batallas.

En 1937, nace su primer hijo, Manuel Ramón, que fallece prematuramente en otoño de 1938 y a quien dedica el poema "Hijo de la luz y de la sombra", que habrá de publicar en su siguiente libro, "Cancionero y romancero de ausencias". En otoño de 1938. Destinado a la 6ª división, pasa a Madrid. En 1939 nace su segundo hijo, Manuel Miguel. La suerte está echada desde la caída de Barcelona y el fascismo declara públicamente su victoria en abril de 1939. En aquel momento, se acababa de imprimir en Valencia un nuevo libro de Miguel Hernández, titulado "El hombre acecha", que la censura franquista, a través de una comisión presidida por el filólogo Joaquín de Entrambasaguas, condena a su destrucción completa. Sólo se salvaron dos ejemplares, lo que permitió su reedición completa en 1981.

Cautivo y desarmado, como el Ejército Rojo, Miguel Hernández no sabía qué hacer. Su amigo Cossío se ofreció al parecer a refugiarlo en Tudanca, pero él decidió regresar en principio a Orihuela. Sin embargo, sabe que entre sus paisanos cuenta con enemigos y prefiere poner distancia de por medio. Viajará entonces de nuevo a Andalucía. Llega a Córdoba, camino de Sevilla y se dirige a Huelva, para intentar cruzar la frontera. En Rosal de la Frontera, la policía del dictador Salazar, que le sorprende con un reloj de oro que le había regalado Vicente Aleixandre, le entrega a la Guardia Civil. A partir de entonces, comenzará su vía crucis por las cárceles del franquismo, lo que alguien ha llegado a denominar como "turismo penitenciario". Desde la cárcel de Sevilla lo trasladan al penal de la calle Torrijos en Madrid. Pablo Neruda, desde Francia, logró mover los hilos necesarios para que fuese liberado sin ser siquiera procesado. Su liberación tuvo lugar en 1939 y él ya no tenía aparentemente motivos que le impidieran seguir lejos de su esposa y de su hijo. Sin embargo, en Orihuela, su pueblo y el nuestro, fue delatado y nuevamente detenido. Pasa entonces a la prisión de la plaza del Conde de Toreno en Madrid, donde será juzgado y condenado a muerte en marzo de 1940.

Sus viejos amigos conservadores, como el propio Cossío y el viejo canónigo Luis Almarcha, que sería nombrado obispo de León en 1944, intercedieron por Miguel Hernández y hay quien afirma que fueron ellos quienes lograron que se le conmutara la última pena por la de treinta años de prisión. Sin embargo, no cejaron en el empeño de reconducir espiritualmente al supuesto hijo prodigo ni de destruir su obra.

De hecho, lograron que Miguel Hernández y Josefina Manresa se casaran por la Iglesia, en articulo mortis: "No se sabe una persona cuando se está muriendo lo que va a hacer. Lógicamente, como era tan inteligente, él accedió porque sabía lo que le esperaba a Josefina, sabía que los matrimonios civiles no iban a tener validez -rememora Lucía Rojo-. Y, lógicamente, él como un hombre adelantado y cómo venía venir las cosas sabía que la vida no iba a ser fácil para Josefina. Se iba a quedar como una madre soltera, y en España, en aquellos tiempos, una madre soltera era una mujerzuela, o a saber lo que se le podría aplicar a Josefina. No tuvo más remedio que casarse. Pero se casó porque josefina insistió muchísimo. Él no quería casarse bajo ningún concepto, él nunca quiso, puso todos los impedimentos que tenía que poner. Pero al final, ya vio a Josefina tan abatida, y ya lo hizo por ella, y además las cartas están ahí. Y en una de ellas, Miguel Hernández le dice a Jósefina: "alégrate, que ya nos han casado, lo que a ti tanto te alegraba y a mí tanto me apenaba. O sea ello quiere decir que no quería casarse, y obligar a una persona así en esas circunstancias yo lo veo bastante grave, sinceramente".

Francisco Esteve recuerda que, aparentemente pusilánime, Josefina Manresa fue capaz de conservar los manuscritos de su marido muerto, a pesar de sentirse desamparada y perseguida como viuda de un preso republicano. Gracias a ello, su viejo amigo Leopoldo de Luis -que padeció los campos de trabajo forzosos del fascismo español en Jimena de la Frontera- y su hijo Jorge Urrutia

pudieron editar la poesía completa de Hernández en los primeros años de la transición.

"La historia de la literatura en España es deudora del gran esfuerzo, del gran tesón que puso Josefina en mantener los manuscritos de Miguel -afirma Francisco Esteve- porque esos manuscritos eran la prueba de la culpabilidad que le imputaban a Miguel y al custodiarlos ella se exponía a un riesgo muy elevado. Por eso intentaron matar doblemente a Miguel. No solamente a través de la muerte física sino a través de la muerte literaria; Incluso hubo intentos de quemar esta obra. Tuvo varias visitas de la Guardia Civil y de falangistas, Josefina, para que les entregara la obra de Miguel. En una ocasión me dijo que tuvo que subirse incluso al tejado para esconder la obra debajo de las tejas porque iban unos falangistas a quitarle los manuscritos. Esa fue una forma de querer apropiarse de ellos. Y la otra forma fue intentando comprarle esta obra para luego hacerla desparecer. Intentaron sobornarla y teniendo en cuenta la situación económica tan dura que estaba pasando, el que Josefina no sucumbiera a esas tentaciones económicas para vender los manuscritos de Miguel, alguien debería reconocérselo".

También Lucía Izquierdo rememora como "pasaron muchísima hambre, mucha necesidad", pero logró esconder los papeles en sacos de harina, en casa de sus parientes o incluso en hoyos en la tierra.

"Pasan hambre, pasan muchas penurias y además también sufren muchos registros de la guardia civil constantemente, a ver dónde estaban los escritos que su marido tenía, para quemarlos, para destruirlos. Porque luego ya no fue la guardia civil en sí, sino que también fue el obispo Almarcha, el famoso don Luís Almarcha, que se empeñó mucho en saber dónde había ido a parar el legado del poeta, dónde estaba. Y llegó a pedírselo a Josefina con la intención también de destruirlo. Le entró muy bien, eso sí. Le dijo de entrada: "Josefina, me voy a preocupar de la educación del niño, me voy a preocupar de todo lo que el niño necesita. Y porque claro está es el hijo de Miguel Hernández, yo sabes que yo lo quería mucho, que le ayudé, y fui su mentor. Y siendo verdad que en los primeros tiempos había sido íntimo amigo de Miguel Hernández y que le ayudó muchísimo, le procuró mucha lectura, muchos libros, muchas recomendaciones, en aquellos tiempos, pero que luego ya no fue así. Luego nada más que necesitaba una firma de este hombre para sacar a Miguel Hernández de la cárcel y no quiso. El obispo no quiso intervenir en esto, no quiso salvarlo y murió como todo el mundo ya lo sabe y conoce. Entonces este obispo quiso a través del hijo recoger todo lo que era el legado del poeta para destruirlo. Josefina se negó. Lógicamente, en el momento que se niega, el obispo no quiere saber nada ni de Josefina ni del niño y ahí terminó todo en interés que tenía por el hijo de Miguel Hernández".

Divide y vencerás. A la izquierda, claro. Todo este quinario, justo cuando se conmemora el centenario del nacimiento de Hernández, suele ser omitido, para aventar en cambio acusaciones en contra de Rafael Alberti, otro de los grandes poetas comunistas de aquella España en llamas. Uno de los biógrafos del

escritor de Orihuela, José Luis Ferris, encuadra al portuense entre aquellos supuestos "intelectuales de mono planchado y pistolas de juguete", tal y como les bautiza en su libro "Miguel Hernández: pasiones, cárcel y muerte de un poeta".

Y si en su obra "Enterrar a los muertos", Ignacio Martínez de Pisón acusaba a Alberti de no haber hecho todo lo posible por salvar la vida de José Robles Pazos, el traductor de John Dos Passos, ahora Eutimio Martín, en su ensayo "Oficio de Poeta", insinúa que tampoco se empleó a fondo para salvar a Miguel Hernández. Sin embargo, tal y como ha hecho hincapié Benjamín Prado en un artículo publicado por "El País", en su texto "Las armas y las letras", Andrés Trapiello le exonera de tal culpa, pese a su antipatía manifiesta por Alberti: "Reconoce que éste le ofreció su ayuda a Hernández para que pudiera salir de España en un avión de la República". Aunque claro, también aporta "una foto del poeta gaditano, vestido de miliciano y dedicada al escritor ruso Ilya Ehremburg con la frase "la belle époque", de la que saca la conclusión de que para Alberti la Guerra Civil fue una fiesta. ¿No parece mucho más sensato deducir que de lo que habla Alberti es de su juventud, 25 años después de haber sido tomada esa imagen?".

De la cárcel de de Palencia, donde ingresa en septiembre de 1940 Miguel Hernández pasaría dos meses después al Penal de Ocaña en (Toledo). En 1941, fue trasladado al Reformatorio de Adultos de Alicante, donde compartió celda con Antonio Buero Vallejo, que dibujó su retrato más célebre. Allí enfermó, primero de bronquitis y luego de tifus, que se le complicó con tuberculosis. Falleció en la enfermería de la prisión alicantina a las 5:32 de la mañana del 28 de marzo de 1942, con tan sólo 31 años de edad. Muchos años después, Francisco Esteve acompañaría hasta allí a Josefina Manresa: "Ella siempre recordaba cuando llegó en una ocasión con la lechera a los guardias y entonces los guardias se la rechazaron, dijeron "ya no hace falta". Y esa fue la manera como ella se enteró que Miguel Hernández había muerto. Y luego los guardias le entregaron una hoja con la relación de las propiedades que había dejado Miguel Hernández entre las que estaba una manta, una camiseta, un pañuelo, un zapato, una muda, un calcetín y esas eran las propiedades que había dejado Miguel".

"Y luego el entierro, me recordaba Josefina, que fue un entierro triste aunque los compañeros le hicieron un entierro de primera en la cárcel. Le despidieron en el patio de la prisión con una pequeña banda de cornetas que había de presos. Interpretaron una marcha fúnebre y entonces Josefina y su cuñada alquilaron una tartana pero cuando llegó al cementerio era ya bastante tarde y el responsable del camposanto le dijo que no podían enterrarlo porque era tarde y ya no abrían las fosas, que tenía que quedarse en la sala fúnebre. Entonces Josefina le pidió quedarse allí, con Miguel esa noche, velándole. Entonces le dijo que no, que era imposible y al insistir ella el responsable le explicó por qué era imposible y es que por la noche fusilaban presos allí, en la puerta del cementerio, que tenía que estar cerrada".

Se cuenta que al autor de "Vientos del pueblo" no pudieron cerrarle los ojos, como dejó escrito Vicente Aleixandre. Era, dijo de Miguel, un alma libre que miraba con clara mirada a los hombres. Menudo compromiso.